

hoy con el ignominioso collar de hierro al hombre criminal. Para impedir que las manos del esclavo pudiesen ensanchar la abertura, se le ataban los codos á la cintura con otro bejuco, de suerte que sólo le quedaban libres, además de los antebrazos, las piernas, con lo cual se le podía obligar á desempeñar los oficios más viles, sin temor á su fuerza ni á su rabia, y se le forzaba ¡oh vergüenza! á arrastrarse por el suelo para coger con los dientes los alimentos más viles que el hombre saciado arroja á los animales!

Cuando Jedyr y Znaim, preparándose á atarle, le pusieron las manos en el cuello para obligarle á doblarlo, al aspecto de un esclavo, triste emblema de su destino, comprendió de una ojeada lo que se quería hacer con él, y rechazando violentamente á los dos jefes, los derribó, sujetándolos con las rodillas contra el suelo. La muchedumbre se hizo rápidamente atrás al presenciar aquel rasgo de vigor del jóven atleta y llena de terror formó en torno suyo un ancho y silencioso círculo; hasta la doncella, huyendo asustada, corrió á guarecerse en los brazos de Selma; más Cedar (que tal era el nombre que la multitud habia aplicado al extranero, por ser el del sitio en que alcanzó su brillante victoria), al verla oír y llorar, comprendió á la primera ojeada sus demostraciones de terror: recogió él mismo del suelo las ataduras que habia pisoteado en su cólera, las llevó sumiso á los piés de Daidha, y tomándola una mano, se la puso sobre su cuello humillado ante ella. Semejante al fiero leon cuya sangrienta mirada se impregna de ternura al contemplar al niño á quien acaricia, dejó sin estremecerse que agarrotaran su cuerpo, privándose voluntariamente de la fuerza y de la libertad, y siguió, humilde y apacible, á la hermosa jóven que le condujo atado á presencia del jefe de la familia. Allí acurrucado sobre la yerba y descansando la frente en ambas manos, la doncella y el anciano le ataron á un tronco, y disputando á los animales más viles su pasto, alimentóse de las bellotas que le arrojaban.



TERCERA VISION

Los jefes reunidos dijeron al dia siguiente:

—Los cazadores han querido explorar los senderos de estos montes, y al ver que no vuelven á bajar sus siete hijos al sitio en que los aguardan, tal vez suban hasta aquí en mayor número y más fuertes. El sitio en que han pastado nuestros camellos, las ramas que nuestras manos han despojado de sus frutos les servirán de guía para encontrar los lugares que los dioses nos conceden para vivir: huyamos pues, tan léjos, tan léjos, que no puedan seguirnos. El sol, que desciende de mes en mes en los cielos, no caldea ya lo suficiente la atmósfera elevada de los bosques; bajemos con él á orillas del Orontes, y ocultos en su lecho aguardemos á que vuelva á remontarse.

Y los pastores, entonando el cántico de marcha reunian los rebaños diseminados por los prados: la cabra que vagaba errante al borde de los precipicios, el onagro pacienzudo, las fecundas terneras, la oveja cuya lana sirve de blando lecho, el perro que vela por el hombre y guía los ganados, el elefante casi humano, las quejumbrosas camellas en cuyas mamas encuentran nutritivo alimento los niños y las aves domésticas, cuyo canto anuncia al hombre hambriento el fruto que acaban de poner: todos estos animales, atraídos por su instinto sociable y amigo del ser humano, seguian á la tribu

por montes y valles, como si el afán de sociedad les compensara hasta la pérdida de su libertad! Por do quiera se advertían amistades secretas, desconocidas; la grulla seguía á los emigrantes en compacto y volador escuadrón; la golondrina, alejándose de los bordes de las peñas, acudían, de parada en parada, á posarse en las tiendas, y los viajeros encontraban á cada etapa las mismas voces y plumajes en los aires, ¡ hasta tal punto se acordaban aún de las leyes del primer día aquellos animales, llenos del instinto del amor!

Encontrando en todas partes frutos y viviendas á la vez, caminaban diariamente algunas horas entonando canciones; y confiando al lomo de los elefantes las imágenes de sus dioses, y sus mujeres y sus hijos, y cargando los camellos y asnos con sus bagajes, serpenteaban á la sombra formando largas caravanas, mientras las orillas del río y las bóvedas de los bosques, turbados en su silencio, se estremecían á sus voces.

Cedar, cargado con el peso de sus vínculos, marchaba también confundido entre el tropel de esclavos, y buscando á Daidha con la vista, iba regando la yerba con su sudor. Así anduvieron tres veces dos lunas, tan pronto por esos enormes surcos que forman los médanos en las mugientes orillas de los mares, cuyas olas les parecían unirse en confusa lontananza con la línea de los cielos, como por esos valles de hondonadas profundas que multitud de ríos sin nombre llenaban con sus ondas y cuyo curso tenían que remontar hasta su nacimiento, por ignorar aún el arte de cruzarlos. Por fin, descendieron de las cumbres de los montes poblados de árboles cuyas vertientes se fueron aplanando insensiblemente, y el Orontes, más azul que un cielo vespertino, apareció ante ellos extendiendo á sus piés el radiante espejo de sus aguas.

Corría al pié de un promontorio en cuyas grutas profundas resonaban los lamentos de sus ondas aumentados por el eco; en aquellos antros tapizados de musgos y agavanzos, trazaban los céspedes fáciles senderos, y la arena, lavada por

el cristalino río, se deslizaba hasta su azulada márgen formando rugosos pliegues.

La tribu prorumpió en alegres aclamaciones al divisar aquellos antros secretos, aquellos refugios abiertos en la roca por manos de sus padres, refugio llenos de recuerdos, de leyendas, de misterios, en que los hijos de Phayr habían visto la luz del día, las madres llevado en su seno el fruto de sus amores, las vírgenes llegado á ser esposas y madres, y en que las imágenes de los muertos vagaban errantes juntamente con sus almas. Cada padre guiaba su tribu hácia su antigua guarida: el camello, el elefante, el asno y hasta el perro, parecían conocer el sitio acostumbrado, se detenían á la entrada y trasponían su umbral delante de su amo.

Después de dejar en el suelo los fardos y bagajes, la tribu se dispersó en varias direcciones yendo á visitar las tumbas de sus antepasados. Conocíanse estas por alguna ligera eminencia ó una piedra enorme ó algun tronco tendido y cubierto de hiedra que designaban á la posteridad el lugar de los recuerdos habitados por un alma. Al volver cada cual de remotos países, corría á venerar aquellas sagradas memorias, y semejante al que habla desde el exterior, aplicaba la boca al suelo y hablaba á sus muertos.

Una mujer decía al alma de su padre:

—¡ Oh padre mio! ¿ El agua de los ojos corre por debajo de tierra! ¿ Es ahí tan amarga como aquí? ¡ Ah, cuánta he vertido en lejanas tierras! Pero ya he regresado. ¡ Cuántas ramas de los bosques han caído en las ondas! ¡ Cuántos espíritus han ido á visitar otros mundos! Los que han bajado hasta ahí, ¿ te han contado lo que hemos hecho desde que no has vuelto á salir al mundo? Las flechas de los gigantes han silbado sobre nuestras cabezas: hemos vivido en el monte de las tempestades; Selma ha perdido á su esposo en los combates. Un hombre misterioso se ha reunido con nosotros, hombre que derriba y extermina á los cazadores: las hijas de Phayr le miran y lloran; los dioses nos han bendecido depándonos sus más caros dones y volvemos de los bosques con

las manos llenas de nidos. Lea, tu nieta, tu predilecta, ha caído en poder de los cazadores siendo aún muy niña; por espacio de mucho tiempo la oímos gritar en los bosques, y sus raptos se sirvieron de sus mismos cabellos para atarla. Yo he dado á luz dos gemelos, varón y hembra: sus blancos dientes me muerden ya el pecho, y en los ojos del niño, tan negros como la noche, mi memoria me hace ver tu amor siguiéndome á todas partes. Miralo, está tendido junto á mí sobre el follaje arrancando con sus deditos la yerba que te cubre; miralo cómo enjuga asombrado mis mejillas con su manecita: llámalo por su nombre para que vuelva mañana.

Cerca de allí, reclinada sobre una pequeña eminencia cubierta de musgo, hablaba así una madre á la sombra de su hija:

—¡Adda, flor de mi seno, lágrima del corazón, soy yo! Los hombres de ahí abajo, en su deseo de poseerte, te hicieron caer en el envidioso lecho antes que mi dulce lecho se agotara en tu boca. ¡Oh! Dime, ¿qué leche bebes ahí abajo? ¿Qué madre te mece en sus brazos cantando? ¿Qué nombre más dulce te da Adda mía? Dimelo, para que yo pueda llamarte por dos nombres, para que al venir de noche á hablar á tu musgo, tu alma se despierte y conteste al oír tu nombre. Hija mía, ¿has crecido bajo la yerba en que reposas? ¿Tejen guirnaldas para tí los hijos de la muerte? ¿Te hacen un collar con las semillas rojas de los bosques? A veces me parece oírte gritar, y todas las noches extendiendo mis brazos para cogerte, hija mía, pues por más que mi esposo suspenda tus hermanos de mi cuello para hacerme pensar exclusivamente en ellos, no puede borrarte de los dos ojos de mi alma; yo soy como el ave quejumbrosa de ala azul y blanca, á quien la corriente del río, al sacudir la rama, ha arrebatado un hijuelo el primero que ha salido á luz de la pollada, haciéndolo caer del nido y rodar á merced de las ondas; por más que cobija los otros bajo su plumaje, la consume la pena del único que ha perdido, y todo el día chillar y mira el agua, y lleva en el pico la comida á su hijuelo.

Así hablaban los hombres y las mujeres á los muertos, mientras depositaban sobre el musgo presentes para su alma; sus piés, al separarse lentamente de aquellos sitios, parecían arraigarse en la tierra de sus abuelos, ¡tanto puede una memoria querida en los humanos! ¡Ah! Las cenizas de los muertos son las que crean la patria!

Después de dar así libre expansión á sus corazones, cada cual sacó sus dioses del arca rodeada de flores en que los guardaba, y colocándolos en el umbral de sus antros agresivos, les rogó que habitaran y amaran aquellas orillas. Estos dioses eran objetos viles cuya adoración profanaba la creación y la inteligencia humana: plantas, piedras, cortezas de árboles, conchas raras recogidas en el lecho de los ríos, todo cuanto llama la atención y cautiva la vista, todo cuanto se ve en sueños ó se presenta al azar, indigna saciedad de la necesidad de adorar, esperar y temer que el hombre se complace en fingirse. Cada cual tenía su deidad preferida á las otras, que tocaba, vendía ó hacia pedazos á su capricho, y á la cual se prodigaba el respeto ó el escarnio, según que la casualidad confirmaba ó no su culto. Todos competían en punto á adoración; sólo los míseros esclavos carecían de dioses! Su mano habría profanado aquellos ídolos inmundos; la maldición les cerraba entrambos mundos, y si su mano llegaba á extenderse sobre los dioses robados, levantábanse contra ellos mil brazos, apedreándoles en cumplimiento de la ley.

Cuando el pueblo pastor, á cubierto ya de la persecución de los cazadores, hubo desempeñado los misteriosos deberes de su culto, y encendido de nuevo el fuego de sus hogares junto á las cenizas de sus padres, se dispersó tranquilamente por las orillas del río y por los prados contiguos, como las abejas de una colmena muy poblada se diseminan por las flores en torno de un manantial; y sus días trascurrieron tan semejantes unos á otros, que sólo algunos ancianos contaban los que iban pasando.

Los esclavos pasaban la noche atados al tronco de un ár-

bol; de día apacentaban los ganados de su señor, y reunidos todos ellos por miedo á los leones, pasaban la vida llorando en comun sus cuitas, refiriendo unos cómo habian perdido su libertad nativa, vendida á vil precio, y recordando otros cómo por muerte de su padre, habíale tocado á su madre por suerte ser esclava, y cómo, llevada cautiva entre ovejas y cabras, los habia amamantado con leche amargada por el llanto. Estos mostraban con el dedo los negros surcos causados por el látigo que habia lacerado sus demacrados miembros; aquellos sus brazos atados, cuyas ligaduras impedian la circulacion de la sangre por sus venas, y todos, en fin, espíandose para hacerse traicion más á mansalva, no conservaban de humano más que el corazon para aborrecerse. Todos miraban á Cedar con ojos envidiosos, sirviendo de consuelo y lenitivo su infortunio á su miserable vida.

Cedar, por su parte, sin palabra y sin comprender las ajenas, huía instintivamente de los sitios frecuentados por los demás, y guiando sus camellos á las más agrias mesetas, sólo recorría los montes y los lugares solitarios sin temor á los leones que asustaban á sus compañeros, porque las fieras huían á su solo aspecto. Allí, tendido días enteros junto á los manantiales, cuyo fugaz murmullo se lleva también las penas, ó encaramado en los picos donde mugían los aires, contemplaba los cielos, las llanuras y los mares y los mil rayos que de todo emanaban, y en que se sume el pensamiento y la mirada se posa: este espectáculo de la naturaleza que le deslumbraba, la contemplacion de sí mismo que le sorprendia en alto grado, las maravillosas escenas del profundo firmamento, la vegetacion y sus prodigios, y los brutos y el hombre en sus diferentes relaciones, afluyendo á su mente, desarrollaban su inerte inteligencia, como la de una persona dormida que al despertarse piensa y reflexiona. Y todo esto parecia no ser más que un recuerdo que sentia renacer desde el fondo de su alma; pero cuando pugnaba por reanudar el hilo de lo presente á lo pasado, de sus sentidos á su alma, eclipsábase el rayo dejando de alumbrarle: su memoria se

desvanecia en confusas nebulosidades, pareciale que gravitaba sobre su cabeza una bóveda que le comprimía el cráneo y rompía sus ideas, y desde el orto al ocaso del sol permanecia con la frente tristemente inclinada sobre sus rodillas.

De esta abstraccion, de este ensimismamiento, le sacaba únicamente la voz querida ó el ruido de los pasos de Daidha, cuando iba al medio día á ordeñar las camellas de Alfin que pastaban en torno, y á llevar á los cautivos su mísero alimento, como se echa el grano á las aves del campo. No bien oía él resonar en los bosques la armoniosa voz de la doncella que le llamaba por su nombre, todos sus sentidos vibraban en su oído; se levantaba á la manera del hombre que se despierta; y daba al olvido sus ideas y lo largo del día, día que se reducía para él á la hora de aquella visita. Acudia presuroso al encuentro de tan dulce voz que sacudia con brusco sacudimiento todas las fibras de su corazon, y tan rápida era entonces su carrera, que rompía cuantas ramas le estorbaban el paso y que sus piés no parecían tocar el suelo, como si tuvieran alas; mas de pronto, cuando se acercaba á ella, cuando los celestes encantos de Daidha aparecian radiantes á pocos pasos de él, desfalleciendo su fuerza en su alma demasiado henchida, privaba de aliento á su palpitante pecho, flaqueábanle las rodillas, tenia que inclinar al suelo la deslumbrada vista, y de pié, pálido y frio como una estatua de mármol, permanecia un momento apoyado contra el tronco de un árbol.

Daidha en tanto, acercándose púdica y candorosamente, corría encendida de júbilo y de pudor, depositaba á los piés de Cedar su rústico festin en las hojas de las plantas, acercaba el ánfora á los ardorosos labios del jóven, mojándolos con la espuma de la leche, enjugaba con su mano en su abrazada mejilla el sudor que por ella corría ó el helado rocío; le sonreía con los ojos, con la boca y con el corazon, impregnando su dulce mirada de compasion y de languidez, y tocando sus ligaduras, que hubiera deseado desatar, se esforzaba en hacerle comprender que de buen grado las rompería:

luégo le hablaba, mas al ver que él no respondía, y que continuaba inmóvil ante ella guardando obstinado silencio, besaba su frente velada desde el medio día hasta la noche, y Cedar la oía llorar, pero sin verla, y á veces sentía caer en sus piés algunas gotas de ese secreto llanto que ella hubiera debido mantener oculto.

Entónces Cedar corría á reunir el ganado, sujetaba por el cuello el hijuelo del camello, miéntras Daidha, arrollada junto á la madre, oprimía entre sus dedos la abundante ubre. Cuando el ánfora estaba llena de humeante leche que rebosaba espumosa de la vasija entre sus dedos, para evitar que el líquido se escapara por el orificio, cogía en los campos la rosa y el narciso, y echando en él estas flores, tapaba el ánfora con un perfumado ramillete.

El jóven humedecía sus labios en el sitio de la vasija donde la doncella habia aplicado los suyos, y bebía un poco de leche como un cabrito al que se desteta; en seguida, levantando el ánfora con sus brazos nerviosos, y reuniendo los cabellos de la jóven para que la sirvieran de sosten, se la ponía suavemente en equilibrio en la cabeza; Daidha entónces, levantando á modo de asas entrambos brazos, se volvía para sonreírle y huía presurosa, dejando á Cedar como si le arrancara el corazón llevándoselo consigo. Veía éste sus cabellos, oscilando como un ala, deslizarse entre los troncos de los plátanos celosos; la seguía con la vista, caía de hinojos sobre la yerba en que habia quedado impresa la huella de sus blancos piés, y la mordía con su callada boca, y á la manera de un hombre pensativo que cierra los ojos para perseguir una idea creyendo madurarla así mejor, permanecía largo rato con las manos puestas sobre los ojos para ver mejor mentalmente la imágen desaparecida; á veces aplicaba el oído por si la murmuradora brisa llevaba hasta él un acento de la lejana voz, y cuando, en la desierta soledad causada por su ausencia, todo era de nuevo aislamiento, silencio y oscuridad, entristecido todo el día con su harto rápida partida, su alma impaciente aguardaba su nuevo regreso.

Así trascurría para él, entre regreso y ausencia y ausencia y regreso, la miserable vida, que perdiendo hasta el sentimiento de sus duras cadenas, se concentraba toda entera en una idea, en un placer, en un tormento: alma que, para sustentar su vida interior, tan sólo tenia una imágen en el corazón y una hora en todo el día.

Miénttras tanto su cuerpo se desarrollaba con la edad, llegando al apogeo su belleza varonil; de su alma trascendía á sus facciones su celeste origen sin que él lo echara de ver; en aquel cuerpo agarrotado de esclavo envilecido se advertía un no sé qué propio del cielo, y su mirada, á pesar de ser dulce y tranquila, despedía llamas cuyos fulgores velados causaban profunda impresion en las mujeres. Como para vengarse de la estúpida abyeccion en que se le tenia sumido, descollaba por su estatura sobre todos los demás hombres, y semejante á un leon cautivo, no podían todos ellos ménos de admirar al esclavo aún humillándole: tímidos y recelosos, huían de su aspecto, y llenos de respeto y de vergüenza, bajaban al suelo la vista. Daidha era la única que se atrevía á mandarle con el ademan; él no miraba á nadie sino á ella, despreciando á los demás; y leyendo en sus ojos la mirada iniciada, la prestaba obediencia aún ántes que la jóven pensara mandarle algo. ¡Así tambien el arrogante toro guiado por la mano de un niño, obedece al amor, y sigue sus pasos sin necesidad de cadenas!

Daidha se sentía orgullosa del imperio que ejercían su voz y su mirada, y envanecida de ser la única que suavizara tan salvaje carácter, consideraba como un honor para ella aquella noble esclavitud. A veces daba alguna orden al mancebo en presencia de los demás, solamente por que fueran testigos del poder que tenia su acento; y el rostro de Selma radiaba por su hija; y Phayr se manifestaba alborozado al contar en su familia aquel esclavo mudo, que era su fuerza y su honor, y la muchedumbre envidiosa admiraba su fortuna.

Cierto día en que Daidha, pesarosa y compasiva, decía entre sí: «¡Oh! ¡qué sería si pudiera comprenderme!» alzó

los ojos por acaso, y vió un ruiseñor de voz melodiosa, que posado en la rama de un árbol en que se mecía su nido, llenaba de gratas armonías el silencioso bosque con sus alegres trinos, mientras sus polluelos, al escuchar su himno, parecían ensayarse en balbucearlo. Cantaban y cantaban, pero su inexperta lengua, al querer imitar una nota ó un gorjeo, descuidaba otros mil, á pesar de lo cual su voz se asemejaba por momentos al eco mal velado del tono que reproducía, y los acentos salidos del nido, á los que el ave re complacia en responder, parecían confundirse con los suyos propios.

Al oír la virgen aquella lucha de canciones, comprendió que las avecillas se aleccionaban mutuamente, y que repitiendo varias veces el estudio del mismo acorde, acababan por conocer la melodía del canto, que en ellas no era sino una costumbre adquirida. Esta observación fué un rayo de luz para ella y al punto se acordó de Cedar.

—¡Es mudo como ellas! ¡Si yo hiciese otro tanto! exclamó: si yo fuese este ruiseñor dulce símbolo que enseña el canto y la palabra á sus hijuelos, los cuales, á fuerza de deletrear ese canto con sus pequeñas lenguas, acaban por entenderse entre sí llamándose mutuamente! ¿No es así como enseñan las madres á sus hijos, que imitan con los ojos los movimientos de los labios maternos? Tal vez ¡ay! Cedar no ha tenido madre. ¡Oh! Si me fuese dable sustituirla hoy... si, logrando desligar su lengua con la mía, llegase el eco de mi pensamiento á inspirar el suyo! ¡Si repitiera él las palabras que mi madre me enseñó!... Entónces, si yo le debo la vida, él me debería el espíritu. Yo leería en el fondo de sus ojos lo que piensa, y nuestras almas no guardarían ya este silencio! ¡Cuán rápidas pasarían las horas escuchándole! ¡Oh! Desde mañana me propongo intentarlo en secreto!

Y levantándose de pronto como cediendo al impulso de un brazo, estuvo toda la noche dando vueltas á esta idea en su imaginación, y cuando alumbró las selvas el primer rayo del sol naciente, corrió en busca de Cedar.

Estaba éste aquel día tendido á la orilla del río cuyas aguas

reflejaban su rostro, lleno de asombro, de temor y de placer, inclinándose hácia su propia imagen y queriendo cogerla; más al ver que sus manos, enturbiando el agua límpida, tan sólo abrazaban las ondas oscurecidas por sus arrugas, lloraba por aquella imagen, y en su deseo de volverla á ver, dejaba trascurrir un rato hasta que el movable espejo recobraba su tersura.

Sonriendo Daidha al observar la ilusión de que era víctima Cedar, se fué ocultando de árbol en árbol para sorprenderle, y amortiguando el ruido de sus pasos en el flexible musgo y reteniendo el aliento, avanzó muy de quedo, hasta que, asiéndose de la verde cabellera de un sauce, asomó la cabeza al río por encima del hombro del mancebo, de suerte que las cristalinas linfas que á sus piés corrían, en lugar de un rostro encantador reflejaron dos.

Engañado Cedar de pronto por aquella imagen, y viendo brillar en el agua el dulce rostro de Daidha, tomó por realidad tan vana ilusión, lanzó un grito, extendió los brazos y se arrojó al río como una flecha, creyendo que la corriente se llevaba envuelto entre sus ondas aquel hermoso cuerpo en busca del cual sería él capaz de ir hasta las entrañas de la tierra. Sumérgese para sacarlo del agua arrojando la muerte, vuelve á sumergirse hasta tres veces, y no salió á la orilla sino al oír los gritos de Daidha que, entre temerosa y enajenada de júbilo y pasando de la risa al llanto, le llamaba á su lado. Acudió Cedar, y la hija de Selma, comprendiendo aquel día la intensidad del amor que el jóven la profesaba, le amó á su vez.

Para que no padeciese de nuevo el mismo error, sentóse la doncella junto á él sobre la arena del río, y le hizo notar por señas cómo las aguas duplicaban los árboles, los rebaños, del propio modo que habían duplicado sus imágenes, vana y falaz apariencia de los objetos reflejados; y él manifestó desde entónces especial predilección por el río que reproducía en sus ondas la figura de Daidha, y siempre la buscaba en ellas, aunque ésta estuviera ausente.

Entónces como la madre que enseña á hablar á su hijo, pronunciando con claridad la palabra y designándole el objeto á que la aplica, así tambien los labios de la virgen le sirvieron de guía entre la vista y la palabra, y la primera que pronunció por tal manera fué *Daidha*. ¡Daidha! ¡Daidha! Este nombre dulce y sonoro lo repetian cien y cien veces los labios ardorosos del mancebo, y siempre que su corazón lo pronunciaba así, veíase recompensado con una sonrisa que le servia de grato estímulo.

¡Oh! ¿Quién podrá pintar el júbilo que sintió la venturosa doncella, al oír pronunciado por vez primera su nombre, su propio nombre revelado por el amor? Parecía que una sola palabra habia duplicado su sér, que merced á él vivia dos veces: primero, en sí misma y despues en el sonido de la amistosa voz que la llamaba. Ella le respondia pronunciando el nombre de Cedar, nombre que muy en breve se confundió con el otro: sus labios los repitieron juntos mil veces, como dos sonidos armónicos reunidos por un solo acorde, y cuando el mismo instinto les hacia volver á repetirlos, no los pronunciaba sino para reunirlos de nuevo!

Cedar, que leía á cada sonido su propio contento en los ojos de la enajenada Daidha, observando ya la satisfaccion que causaba, abandonábase gustoso á sus dulces lecciones, y por alcanzar una sonrisa de la boca amada, parecia intorrogarla á su vez con la mirada; le designaba un objeto, ella le decia su nombre que sus labios novicios procuraban pronunciar al punto, y aquella mirada amante y aquella voz femenil lo grababan todo en su alma por el intermedio del oído y de los ojos.

Lo primero que preguntó el feliz amante fué lo que más admiraba en Daidha; su frente, sus facciones, su boca y aquellas perlas que, así como su sonrisa, asomaban entre sus labios de carmin; sus brazos, piés y manos y el sedoso velo de su cabellera que le cubria todo el cuerpo, y sus ojos, y aquel estremecimiento que le causaba su presencia, y la abrumadora tristeza que sentia por su ausencia, y aquella

sombra sin cuerpo que estrechaba entre sus brazos, y por último todo cuanto se pintaba ó bosquejaba en sus ojos, en sus oídos y en su mente y tenia conexión con ella.

Pasando en seguida á cuanto la jóven llenaba con su presencia ó sus recuerdos, la asediaba á preguntas por señas, y su alma, abriéndose á la inteligencia á medida que escuchaba su voz, se fijaba á la vez en la naturaleza entera: el firmamento, el día, la tierra, el árbol en que cantaba el pajarillo, el río que corria, las plantas, los ganados, las flores y cuanto impresiona la mente ó cautiva la mirada, las sombras y la luz, el silencio y el ruido, lo que anda ó lo que vuela, ó nada, ó se cierne, ó luce, indicado sucesivamente por su fogosa mirada, recibia su verdadero nombre de boca de Daidha y pasaba á su alma, y la palabra de la virgen parecia crear para él todo el universo al designarle por su nombre tan diferentes objetos.

Daidha triunfante y estremecida de júbilo, le pagaba cada palabra con una casta caricia, y besaba aquella boca cuya voz habia vibrado por primera vez al eco de la suya. Luégo se marchaba atravesando los campos con lentitud, como aquel á quien preocupa una idea, acariciando en su mente y ocultando en su corazón, cual amoroso secreto, su gloria y su ventura. Cedar se quedaba pensativo á la orilla del río, viendo su adorada imágen en cada una de las palabras que acababa de aprender.

Del propio modo que dos claros riachuelos que circulan por los prados, separados en su curso por un estrecho ribazo reflejando cada cual en sus respectivas ondas sus bordes, su firmamento y lo que los atraviesa; si en un día de estío la azada de los pastores derriba la muralla de flores que los dividia, atraídos mutuamente su aprisionado caudal y sus ondas que se llaman, acaban por extenderse y confundirse, y desvanecen sus bordes bajo su comun cristal, y amoldan su corriente al mismo paso, y no teniendo ya más que una sola márgen para su lecho, tampoco se refleja más que una sola imágen en sus aguas mezcladas; así tambien entrambos jó-

venes, cuyo pensamiento estaba dividido en dos por el obstáculo de los sentidos y por carecer aquel de acentos, cuando el uno llegó á comprender la palabra de la otra, hablada por instinto y comprendida por amor, reflejando en comun el universo en torno suyo, pareció que sólo tenían un alma en vez de dos.

Desde entónces Daidha siguió dándole lecciones á orillas del rio ó en los montes, de suerte que el esclavo, instruido muy en breve por la doncella y triunfando de su ignorancia á la voz de ésta, poseyó al fin ese sublime lenguaje de los humanos en que cada vocablo representaba el objeto y su imágen, lenguaje en que parecia revelarse el universo, en que hablar equivalia á definir y pintar; porque el hombre no habia empañado aún, en su delirio insano, ese gran espejo en que Dios le habia hecho leer, ni esparcido al azar por todas partes sus pedazos, poniendo su verbo mancillado sobre el verbo Divino!

Entónces sus pláticas, más íntimas y prolongadas, tuvieron un giro más elevado, pasando de la tierra á cosas más sublimes: ella le referia, en su candorosa sencillez, las historias del cielo y de la humanidad, historias de la infancia, en las que todo era maravilloso, en que las leyendas, ampliadas al pasar de oído en oído y coloreadas con la falsa luz de sus tradiciones, llenaban la mente humana de ilusiones sin cuento, á la manera de esos fantasmas engañosos en que abundan las tinieblas nocturnas ántes de asomar la luz del nuevo día.

Explicábale Daidha que cada familia de los dioses habia creado una porcion de los cielos, y que otras, precipitadas á causa de luchas sostenidas en el cielo, habitaban la tierra despues de su caída; deciale que el aire, la tierra, el fuego y los mares obedecian á su respectivo señor; que envidiosos siempre unos de otros, se desposeian mutuamente del dominio que ejercian sobre todo cuanto vegeta y respira; que combatian entre sí, llevados de horrenda saña, en forma de elementos; que unos amaban á los hombres como hermanos

miéntras otros le tenían declarada una guerra inexorable; que, á fin de engañarlos, se trasformaban á veces en plantas, piedras ó troncos, en cuyos objetos se les retenia 'aprisionados por medio de encantos, y que excepto el onagro, el perro y el esclavo, cada uno de los individuos de la venturosa tribu tenia su dios.

Pasando luégo á los relatos de las familias humanas, le revelaba lo que era el hombre y sus fenómenos; cómo el hijo nacia del padre y crecia; como se le enlazaba con doncellas, hermanas suyas; cómo la jóven madre, al dar al hombre á luz, tenia en su seno el fecundo manantial de su sustento que el amor impedia por espacio de doce meses que se agotara hasta que la criatura podia hablar y correr; cómo los dioses amigos le proporcionaban en toda la naturaleza asilo y alimento en los bosques, y cómo los ancianos, siempre vigorosos, vivian tres veces cien años, si lograban escapar de las flechas de los jigantes.

Añádiale que la muerte, envolviéndose en el velo de un misterio trasparente, era un prolongado sueño en el terrestre lecho, y que durmiendo bajo el musgo se hacia lo mismo que se habia hecho bajo el azulado firmamento; que el hijo acariaba desde allí á su madre, que la esposa descansaba allí sobre el hombro del hermano, que los numerosos rebaños pastaban sosegadamente la yerba, que los feroces jigantes no bajaban allí nunca, y que á los apacibles fulgores de una noche subterránea, los dioses buenos reinaban allí vencedores de los dioses del ódio y la venganza, sin permitir su acceso más que á la voz de los amigos, que hablaban al oído á los adormecidos manes de los difuntos.

Cedar, escuchando estos relatos con toda su alma, absorbía la humanidad en aquellos labios femeniles, identificándose, confiado y crédulo, con cuanto la ingenua doncella le decia; y así como nuestra carne procede de la leche materna, completamente rodeada de humana atmósfera, hasta adquirir la figura de hombre, así tambien al oír Cedar tan candoroso acento, convertiase en hombre en cuerpo y alma, acostum-

brábase á las impresiones de tal, y sólo difería de los hombres por la servidumbre en que gemía.

Distraído cierto día de estos relatos, preguntó á Daidha una cosa que le estremeció :

—Dadas las costumbres celosas de los hombres, le dijo, ¿ permiten éstos que los esclavos tengan esposas? Y si fijando alguna jóven sus miradas en uno de ellos, le entregara su corazón ¿ que dirían los ancianos?

Daidha bajó los ojos al oír estas palabras, palideció é hizo un movimiento involuntario de horror.

—¿ Acaso tienen dioses los esclavos? le contestó. ¿ Por ventura tienen hijos, ellos que carecen de abuelos?

Y señalándole con el dedo un gran monton de piedras que habia en un sitio lúgubre á orillas del río, prosigió en voz baja :

—Las madres me han contado cien veces al pasar por ahí que una jóven... su nombre se ha convertido en oprobio suyo... esas piedras aumentan diariamente sobre su cuerpo; cada una de nosotras, cuando acierta á pasar por ese sitio, aparta la vista de él, prorumpe en maldiciones y tira su piedra, y al arrojarla exclama : « ¡ Parezca quien la imite, muriendo infamada como ella y en el mismo suplicio ! »

Desde aquel día, cuando Cedar veía llegar á Daidha, acogíala meditabundo y al pronto contenía los impulsos de su corazón, y en el esfuerzo que para ello hacia, veíase en su rostro la lucha que sostenía el ardoroso instinto de su corazón con un pensamiento sombrío ; á veces la escuchaba distraído, cerraba los ojos, y su piel arrugada por una contracción nerviosa, se estremecía como se estremece y frunce nuestra frente cuando cruza por ella una grave idea. Pero cuanto más triste estaba él, más se esforzaba la amable doncella en disipar la sombra de su melancolía, considerándose dichosa al triunfar de su fingida frialdad con su armonioso acento y sus castos halagos.

Si su amoroso esfuerzo resultaba alguna vez infructuoso, sentábase delante de Cedar triste y compungida ; reclinaba

la cabeza sobre las rodillas unidas del mancebo como sobre un apoyo que un hermano querido nos presta y le miraba, tímida y silenciosa, hasta que sus ojos se llenaban de lágrimas, y á la manera de dos flores sacudidas por la tempestad, brotaban de ellos dos gotas de agua del corazón que surcando sus mejillas, iban á caer sobre las rodillas de Cedar abrasando el sitio en que los rizos de sus cabellos se enroscaban en su mano, mientras que los torneados globos de su seno, henchidos de tristeza y pesadumbre, levantaban á cada aspiración el velo que los cubría, bien así como las ondas surgen y dejan ver alternativamente, á impulsos de la brisa vespertina, los lirios acuáticos que en ellas crecen.

—¿ Por qué, le preguntaba con acento mesurado y de reconvencción, por qué acudes ahora con tanta lentitud cuando te llamo? Mucho mejor me oías cuando no hablábamos; entonces te bastaba oír el rumor de mis pasos para que corrieras á mi encuentro. Desearía conocer, oh Cedar, la causa de tu tristeza. ¿ Te hace languidecer tu triste suerte? ¿ Te abruma tal vez más el peso de tu cautividad desde que tu corazón se abierto á mi voz? ¿ Te lastiman y humillan esos vínculos? ¡ Oh! Si así fuera, ven, ven; yo te los quitaré! Dame tus piés, tu cuello, tus hombros y tus brazos; mira, ya estas libre, hermano mio, corre ahora por donde quieras. Vete á las selvas á donde tu madre te llama: Daidha te amará si te quedas por ella; más si no vuelves á ponerte de nuevo esas ligaduras, ella dará, oh hermano, sus miembros por los tuyos. Recobra la libertad de que por mí te han privado: si mi muerte te emancipa, ¿ qué me importa la vida?

Y mientras así decía, había deshecho los lazos de siete vueltas que le oprimían, y Cedar, saltando cual arrogante toro cuyo yugo desprendido rueda á sus piés por la yerba, se erguía en su gracia y libertad procurando borrar con las manos la huella impresa aún en sus miembros lacerados por la cautividad: en seguida, prorumpiendo en gritos de júbilo, corrió á echarse en el río, donde se puso á luchar con las olas y contra la corriente: al salir luégo de él cubierto de humean-

te espuma, aspiró con fuerza el aire del cielo como un corcel fogoso, y cruzando de un salto barrancos y cumbres, parecía, desaparecer para siempre en los desiertos.

Estremecida Daidha ante fuga tan imprevista, le tendía los brazos, y ya le había perdido de vista, cuando con pié más veloz y flexible que el de un gamo, presentóse de pronto Cedar á su lado, diciéndole, con la mano puesta sobre la ardorosa cabeza de la jóven :

—¿Por qué tiembles? ¿Temes que me quede en los bosques á donde corro? ¿Recelas que tú esclavo se escape para no volver? ¿Quieres ponerme de nuevo mis ligaduras para tranquilizarte? Tómalas. Pero no son ellas, oh hermana mia, las que me encadenan : no, no necesito de tan vergonzosos lazos. La cadena que me sujeta, oh Daidha, son tus ojos fijos en los míos, es el eco de tu voz que me llama sin cesar, es el efecto abrasador que imprime en mí tu beso, es la interminable hora que paso, esperando tu regreso ; es, en fin, tu imágen que todo el día me ilumina ! Ese es el yugo del corazón que en mí mismo llevo, yugo que no podrias romper aunque quisieras, y que no me ha impuesto nadie ni de nadie he recibido, sino que lo he tejido con mis propios pensamientos. Aunque me devolvieras mil veces mi libertad perdida, otras tantas volveria á afrezer mi vida á tus piés ; volveria siempre, cual esclavo, á seguir la huella de tus pasos, y á inclinar la cabeza bajo tu mano.

Y Daidha lloraba al escuchar tan insólitas frases, mientras Cedar proseguía :

—¡ Oh mi solo y único ídolo ! Tú eres para mí padre, madre, patria y divinidad ! Agua que calmas la sed de mi corazón, sombra de mis pensamientos, sol de los días ardientes, luna de las noches heladas, gacela domesticada, de mirada tan dulce que el leon la lame deponiendo su ferocidad ; ven, tócame ! ¿ Ves cómo me posees ? ¿ Ves cuán pronto cedo á tu más insignificante deseo ? ¿ Ves cómo desde el fondo de los bosques acudo á una señal tuya, para obedecer á tus ojos y besar mis cadenas ? ¡ Oh ! No temas que tu leon huya ; que

llegue á causarle tedio su servidumbre ; que no responda una vez siquiera al oír su nombre ; para él es el desierto el sitio en que no te encuentra ! Tus ojos son á mi corazón lo que el luminar que recorre el firmamento es á las estaciones calurosas, lo que el sol á las plantas. ¡ Donde quiera que tus miradas descendieran sobre mí, yo arraigaria bajo los rayos que de tí emanan ! Pero hazme oír solamente una palabra de tu boca, lo que se dice al perro que lame humilde la mano de su dueño y se tiende á sus piés : entreábreme esos cielos velados por tus largas y negrísimas pestañas ; haz que mi corazón sienta el delicioso estremecimiento que le produce el contacto de tu mano sobre mi piel, ese movimiento con que me devuelves el sosiego, como el viento estremece las fibras de las palmas !

Y la virgen, arrobada al escuchar estas palabras, hacia inocentemente lo que él le pedía, dejaba brotar húmedas llamas de sus ojos azules, le mandaba risueña con su voz tímida, pasaba su dedo aéreo por sus cabellos, permitía que se echara á sus piés, como un perro, que corriera trás ella por los bosques, ó que la esperara oculto trás algun tronco para sorprenderla de pronto, y así pasaban las horas rápidas como el pensamiento, y ambos experimentaban todos los días la misma inefable embriaguez. Y cuando el sol próximo á su ocaso hacia que la sombra de las palmeras creciese en longitud y se extendiera por la colina, temerosa Daidha de que los celosos hijos de Phayr llegaran á descubrir el secreto proceder de su compasion, anudaba como ántes los vínculos de Cedar, bañándolos con su llanto.

Entre tanto la belleza de Daidha, llegada con la edad á su apogeo, adquiria mayor brillo con su cándida ignorancia, pero ya sentia de vez en cuando cierta vaga inquietud que le hacia temer la soledad del desierto. Triste, pensativa siempre que no veía á Cedar, el temor la obligaba á moderar su